

JACULATORIAS.

Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum in nova in visceribus meis. Salm. 50.

Criado, Señor, en mí un nuevo corazón, y renovado en mis entrañas aquel espíritu recto, puro y santo, que gobierna todos los pasos de vuestros fieles siervos.

Ne projicias me à facie tua: et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Sal. 50.

No me arrojéis, mi Dios, de vuestra divina presencia, y no priveis mi corazón de vuestro divino espíritu.

PROPOSITOS.

1. Si ese desgraciado espíritu del mundo es capaz de cegar y de engañar aun á los que están fuera del mismo mundo; ¿qué nõ deberán temer los que de necesidad, y por razon de su estado se ven expuestos á todos sus peligros y á todas sus tentaciones? Concibe desde este mismo punto el mayor horror á ese pernicioso espíritu, tanto mas peligroso, quanto sabe disfrazarse y aun revestirse de los motivos mas especiosos y mas plausibles. Está siempre alerta contra un enemigo tan sagaz y tan sutil. Hoy están los hombres en la infeliz disposicion de consultar el espíritu del mundo en casi todo lo que emprenden, con preferencia al espíritu de Dios, á quien apenas se le da oídos cuando se encuentra con este fiero enemigo de la religion y del Evangelio. El espíritu del mundo es el que preside en todas esas fiestas mundanas, en todas esas profanas concurrencias, en esas diversiones escandalosas, en esos ambiciosos proyectos, en esas galas, en esas magnificencias y en esas indecentes modas. A todos esos estilos poco cristianos les has de negar siempre la entrada. El espíritu del mundo es

enemigo declarado de Jesucristo; pues declárate tú enemigo irreconciliable de aquel, y pon el mayor cuidado en que no tenga parte en cosa alguna que hicieres.

2. ¡Cosa extraña! no se contentan muchos con tener el espíritu del mundo; empuñanse tambien en comunicarle, en extenderle y en propagarle. El padre le inspira á sus hijos; los instruye en él, les da lecciones y reglas, crialos segun las leyes de este espíritu, y siguiéndole él tambien, se condena tambien con ellos. Las madres aun son mas zelosas en comunicarle á sus hijas; y lo mas admirable es, que aun aquellas mismas, que, declinando ya hácia el ocaso de la vida, abrazaron el partido de la devocion, y renunciaron las pompas del mundo, suelen ser muchas veces las mas ardientes en trasmitir á sus hijas aquel espíritu que les dió á ellas tan copiosa materia de llanto y de arrepentimiento. Pues aprende tú á tener juicio y á escarmentar en cabeza ajena.

DIA CUARTO.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

La caridad que se tiene en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos granjea amigos en el cielo, cuya proteccion siempre nos puede importar mucho, sino porque conduce maravillosamente para desprender nuestro corazón de este mundo, cuya vanidad y pasajera figura nunca la descubrimos mejor que cuando hacemos oracion por los difuntos.

Aquella triste memoria que se hace de las personas que ya no existen, á quienes amábamos tan tiernamente, y eran el duce objeto de nuestro cariño; de

aquellos amigos de nuestra mayor confianza, que eran todo nuestro consuelo y todo nuestro desahogo; de aquellos poderosos protectores y apoyos de la fortuna que comenzábamos á labrar; esta triste memoria, vuelvo á decir, es un soberano remedio para curarnos de las engañosas ilusiones que igualmente encantan el corazón y alucinan el entendimiento.

Cuando se piensa que ya no son, que ya no existen aquel padre y aquella madre que tanto se afanaron, que se consumieron, que se acortaron la vida por dejarnos los bienes que poseemos, y que las oraciones que hacemos se dirigen á solicitar su descanso; cuando se considera que aquel dulce esposo, aquella tierna y fiel esposa, que era todas nuestras delicias, acabó finalmente su carrera, y sepultada en los horrores de la muerte y en las terribles llamas, destinadas á purificarla, nos pide con lastimeros gritos el sufragio de nuestras oraciones; cuando se nos representan tantos fieles cristianos, que existieron vivos y sanos como nosotros, que ocuparon los mismos elevados puestos que nosotros ocupamos, que poseyeron los mismos brillantes empleos que nosotros poseemos, que edificaron las soberbias casas que nosotros habitamos, y que lucieron en todas las ocasiones como nosotros lo lucimos; ¿cómo es posible no pensar que algún día hemos de tener la misma suerte que ellos, que nos hemos de ver reducidos como ellos á no ocupar mas que un asqueroso rincón en una sepultura, que como ellos, ni mas ni menos, nos hemos de ver despojados de esos ricos muebles, de esos pomposos carruajes, de esas grandes y opulentas herencias, y que como ellos dentro de muy pocos días hemos de tener extrema necesidad de las oraciones de los fieles? ¿Y qué dichosos seremos si nos halláremos en estado de que nos aprovechen como á ellos!

Parece que no es posible hacer oración por los muertos sin pensar también en la muerte. Y un pensamiento tan eficaz para desengañarnos de tan falsas brillanteces como nos deslumbran, de tantos mentirosos atractivos como nos encantan; un pensamiento tan propio para quitar todo el gusto á los deleites y á los pasatiempos, ¿podrá ofrecérsenos muchas veces á la memoria sin que produzca algún efecto?

Bién se puede decir que la muerte es la sepultura de las pasiones, y que el pensamiento y la memoria de ella es un soberano remedio. No tienen fuerza las pasiones cuando se las considera como manantial de llantos y de arrepentimientos: á esta luz, y no á otra, se las mira en la hora de la muerte; ni entonces se acierta ya á comprender cómo se las pudo mirar de otra manera.

¿Qué reliquias quedan en la muerte de aquellas quiméricas ideas que se formaban del mundo, ni de aquella imaginaria felicidad de que se sustentaban sus secuaces? ¿subsisten por ventura despues de los tristes, de los hediondos despojos de nuestros cuerpos aquellos caprichos de la propia excelencia, aquel prurito de sobresalir, aquellos codiciosos deseos de enriquecerse? ¿perseverarán despues de la universal privación de todas las cosas? ó por lo menos ¿queda alguna memoria que sirva de algún consuelo de todo lo que lisonjeó nuestro orgullo, de todo lo que satisfizo nuestra concupiscencia, y de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad sobre la tierra?

Se piensa, se reflexiona, se medita cuando se está para entrar y para perderse en aquella espantosa eternidad; pero ¿es tiempo de pensar y de disponer para morir en el mismo punto en que se muere?

En aquel último momento casi se pierden de vista los pocos días que se vivieron; y si todavía hace el

moribundo alguna memoria de lo que fué, es para sentir mas la amargura de lo que va á ser, y de lo que ya es.

Yo era poderoso, poseia grandes tierras, ocupaba ilustres cargos, tenia nobles derechos, gozaba gruesas rentas, estaba en posesion de muchos ricos beneficios, *et solùm mihi superest sepulcrum*; y todo se desvaneciò ya; de todo no me resta mas que una triste sepultura.

Aquellas magnificas casas, aquellos soberbios palacios, mudas, pero elocuentes acusaciones de la vanidad de los mortales, donde se habia juntado lo mas exquisito del arte, lo mas fino, lo mas primoroso, lo mas raro de los paises mas remotos; aquellas amenas quintas donde se pasaban dias tan alegres y tan divertidos; aquellos muebles de tan subido precio y de tan delicado gusto; aquellos magnificos tocadores, ricos aparadores de las mas curiosas preciosidades; aquel numeroso concurso de cortejantes y de aduladores; aquel pomposo y soberbio tren que me realizaba, todo esto ya se acabó, ya no existe para mí: apoderáronse de todo ello mis herederos; ya son dueños de todo; á mí solo me queda una negra, una horrible sepultura: *Et solùm mihi superest sepulcrum!* ¡Oh, y qué propias son para reprimir las pasiones, para templar su infernal fuego estas reflexiones, este objeto y estas verdades bien consideradas! ¡dichoso aquel que no aguarda á la hora de la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio!

En la muerte no hay reflexion que no aflija, no hay objeto que no espante, no hay mirada de ojos, por decirlo así, que no sea una amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus*. Nada se ve que no sea nuevo motivo de dolor. Lo pasado hace llorar, lo presente asusta mirando á la fe, y sobresalta la

razon, lo futuro causa horribles espantos. Arrepiéntese el moribundo de haber sido lo que fué; pero arrepentimiento muy estéril por lo comun. Se desespera por no haber considerado lo que habia de ser; pero remordimientos entonces sin provecho. Lloro, padece una congoja mortal por no haber prevenido con frecuentes reflexiones, con una vida arreglada el deplorable estado en que se halla; pero lágrimas tan inútiles como amargas: arrepentimiento que ya llega muy tarde.

¿De qué le sirve ahora á aquel cadáver haber sido en vida un hombre tan estimado por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase y por sus empleos? la muerte le acaba de confundir con el mas vil de todos los mortales.

¿De qué le servirán á aquella bizarra dama que acaba de espirar, todas sus galas y toda su gentileza? Espiró con ella su orgullo, su presuncion, su altivo desden y toda su delicadeza. La única herencia que le resta son gusanos y podredumbre: *Cùm morietur homo, hæreditabit vermes* (1). ¡Buen Dios, que de encantos dan en tierra con la muerte!

Pero ¿qué es lo que se hace cuando se piensa en la muerte mientras se está en lo mejor de la vida? Anticipar, por decirlo así, al último dia y al último momento aquellas luces vivas y penetrantes; y sin aguardar á que muy á nuestro pesar nos descubra este misterio de vanidad la catástrofe ó el funesto fin de la tragedia, descubrimosle nosotros á nosotros mismos por medio de estas sanas y saludables reflexiones.

Cuando se representa á los ojos de la consideracion una viva pintura de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á la misma verdadera luz que entonces se han de mirar. Se perciben, y se hace

(1) Ezech. 12.

el mismo juicio de ellas que se ha de hacer entonces : conócense por lo que verdaderamente son, frívolas, engañosas y despreciables. Acúsase, repréndese uno á sí mismo por haberse dejado prender de ellas : llora su ceguedad, como la lloraria en aquel último momento; y con una disposición tan cristiana de corazón y de entendimiento se resfría la pasión, no está tan viva la concupiscencia, es menos hambrienta la codicia y las grandezas humanas : los bienes perecederos, los deleites superficiales se representan á una luz muy amortiguada, con un atractivo lánguido, tibio y medio apagado, sin sentirse ya mas que un gusto insulso, zozco y nada picante. Así se mira todo esto por entre las sombras de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sabio, y no pecarás, te conservarás inocente : *Memorare novissimam tuam, et in æternum non peccabis* (1). Acuérdate de la muerte, y no te pagarás tan locamente de tí mismo; no serás tan vivo en la defensa de tus derechos, ni tan zeloso de tu autoridad, ni tan sensible en lo que toca á tus intereses, ni tan codicioso en tus ganancias, ni tan arrebatado en tus cóleras, ni tan duro con los demás, ni tan indulgente contigo mismo, ni te mostrarás en todo tan poco cristiano. Acuérdate de la muerte, y tendrás mansedumbre, circunspección, urbanidad, moderación y paciencia : la imagen de la muerte trae, por decirlo así, á la memoria todas estas virtudes.

Con todo eso, no se quiere pensar en la muerte; ¿y porqué? ¿se pone acaso en duda que se ha de morir? ¿se tiene seguridad de que se ha de morir bien? Una santa muerte ¿es obra tan fácil ó tan indiferente? ¿es de tan poca consecuencia, que no merezca el que se piense en ella? De la muerte depende nuestro eterno destino. Son pocos los que mueren bien; pero

(1) Eccles. 7.

¿cómo puede ser otra cosa, siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte entristece, atemoriza, turba los gustos y los alegres días de la vida : por eso se procura desviar de la memoria. Bien ; mas ¿porqué no se hará lo mismo con todo los demás pensamientos que alteran nuestro sosiego?

Tiénese pendiente un pleito criminal; trátase de los bienes y de la honra de toda una familia ó de la misma vida : si el pleito se pierde, ¿qué dolor! ; qué desgracia! Solo pensarlo estremece. Mas, ¿porqué no se echará de la imaginación ese doloroso pensamiento? ¿porqué nos acompañará siempre y á todas partes? Solo se piensa en el pleito, solo se habla del pleito; no hay día en la semana, no hay hora en el día, que no venga muchas veces al pensamiento : en la mesa, en las visitas, en el juego, en todas partes nos ocupa este objeto; todos los demás ceden á él. A la verdad no es inútil : se trabaja, se instruye, se solicita, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia. Este solo negocio se tiene en la memoria, porque este solo está impreso en el corazón. ¿Y qué se diría de un hombre, que, teniendo un pleito de esta entidad, no quisiese ni aun oír hablar de él, que procurase desterrarle del pensamiento solo y precisamente porque le altera y le aflige?

¿Será menester hacer la aplicación, y evidenciar la imprudencia, ó, por mejor decir, la locura de los que no quieren pensar en la muerte, solo porque este pensamiento los entristece y los sobresalta? pero ¿ignoramos acaso que en nuestra mano está, con la divina gracia, el quitar á la muerte toda su amargura, llenándola de consuelo, y haciéndola no solo dulce, sino preciosa á los ojos del Señor, y que para esto es gran medio el pensar continuamente en ella? Grande tentación es el horror que se tiene á un pen-

samiento tan saludable; y desdichado de aquel que se deja vencer de él. Solo poniendo en duda que todos hemos de morir, puede no ser locura el no pensar en la muerte. Seguramente que si pensáramos en ella en todas las deliberaciones, en todos los proyectos, en todos los negocios y en todo el comercio con el mundo, nos libraríamos de muchos arrepentimientos. Témesese el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que ordinariamente produce este saludable pensamiento. Si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser tan mundano, ni tan divertido, ni tan disoluto; si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser ni tan asiduo al juego, ni tan codicioso de ganar, ni tan caprichado en las vanidades del mundo; ya no se parecería en el baile, ni se concurriría á todos los bureos; se pondría en un perpetuo entredicho á ciertas concurrencias, á ciertas conversaciones; ni los espectáculos serían ya de nuestro gusto. Si se pensara con frecuencia en la muerte, luego se tomaría el partido de la reforma y del retiro; y esto es puntualmente lo que no se tiene gana de emprender. El pensamiento de la muerte hace al hombre mas cuerdo, y ese hombre todavía no quiere ser mejor.

Pensar en la muerte, y no reformarse, es locura: no pensar en ella por no verse precisado á corregirse, es impiedad. ¡Oh, Señor, y qué desgracia es morir sin haber pensado casi nunca en la muerte!

La misa es de los difuntos, y la oracion la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famularum famularumque tuarum, remissionem eunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam, quam semper opta-

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengas por las piadosas oraciones de

verunt piis supplicationibus vuestra Iglesia el perdon que consequantur. Qui vivis, et siempre desearon de vos. Que regnas... vivis y reinais...

La epistola es del cap. 14 del Apocalipsis.

In diebus illis : Audivi vo- En aquellos dias, oí una
cem de caelo, dicentem mihi : voz del cielo, que me decia :
Scribe : Beati mortui, qui in Escribe : Bienaventurados los
Domino moriuntur. Amodò muertos que mueren en el Se-
jam dicit Spiritus, ut requies- ñor. Desde ahora, les dice el
cant à laboribus suis ; opera Espíritu, que descansen de sus
enim illorum sequuntur illos. trabajos ; porque sus obras los
acompañan.

NOTA.

« Sabido es que el libro del Apocalipsis es el de las »
» revelaciones de Jesucristo hechas á san Juan, »
» cuando estaba desterrado por la fe en la isla de »
» Pathmos hácia el fin del imperio de Domiciano ; »
» es decir, hácia el año 95 del Señor ; y en el ca- »
» pitulo de donde se sacó esta epistola se comprende »
» en pocas palabras el elogio de la muerte de los »
» santos. »

REFLEXIONES.

Por mas que se viva en medio de la opulencia y del esplendor, ni el nacimiento, ni las riquezas, ni los honores, ni cosa alguna nos liberta de las miserias de esta vida. Vivimos en un valle de lágrimas, y en él solo se rie á fuerza de artificio. La sentencia que condena los hombres al trabajo es universal ; ninguno se exime de ella : ni las condiciones ni la edad dispensan á persona alguna. Derrámanse lágrimas, aun antes de hallarse en estado de saber porque se llora. Nacen con nosotros las pesadumbres. No siempre son los trabajos corporales aquellos que mas fatigan : el corazon y el ánimo tienen tambien sus penas, que afligen

mas cuando son menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas : á la verdad nunca se gime mas amargamente que cuando se gime en secreto. Desde la cuna comienzan á correr las lágrimas, y no se seca el manantial ni aun sobre el mismo trono. Menos incompatible es la alegría con los trabajos del cuerpo, que con las aflicciones del ánimo. Aquellos dan algunas treguas, tienen sus intervalos ; pero los cuidados, las pesadumbres y las amarguras que causan las pasiones, fatigan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres que viven sobre la tierra, ó trabajos corporales, ó penas interiores, y muchas veces uno y otro. No hay que esperar calma ni reposo hasta despues de esta vida. Dichoso aquel á quien *el espíritu dice que descanse despues de sus trabajos*. La alegría llena, la tranquilidad permanente y el reposo dulce solo reinan en la vida venidera. Pero advierte que este reposo se da únicamente por premio de las buenas obras ; y asi, solo á los muertos que mueren en el Señor se les dice : *Descansad despues de vuestros trabajos*. ¡Qué diferencia de suertes! Igualmente mueren el justo y el pecador, igualmente trabajosa fué la vida de uno y otro ; pero á los trabajos del justo se sigue un descanso eterno ; á las fatigas, á los sudores y á los cuidados del pecador, una eternidad de tormentos. Lágrimas amargas en este mundo ; fuego inextinguible en el otro, y con el fuego rabia, desesperacion, y un eterno rechinar de dientes. ¡Oh, qué dichosos son aquellos que mueren en el Señor ! ¡Mi Dios, qué preciosa es la muerte de los buenos ! ¡qué envidiable ! Ella es, hablando con propiedad, el fin de todos los trabajos y el principio de una felicidad colmada, pura y eterna. Todos los hombres corren su carrera, sin que á la mayor parte se le dé nada, ni le merezca ningun cuidado el término, el paradero de ella. La carrera es sin duda trabajosa ; pero en lle-

gando al fin, ¿nos dirá el espíritu que descansenos de nuestros trabajos? Consultémoslo con nuestras obras. Bienaventurado aquel que trabajó para el cielo : bienaventurado aquel que vivió retirado, dedicándose á ejercicios de ejemplar devocion : bienaventurado aquel que huyó, que se desterró de las concurrencias llenas de peligros ; el que pasó los días de su vida en el servicio de Dios y en santos ejercicios de penitencia. Trabajemos por nuestra salvacion durante esta miserable vida, que bastante tiempo nos queda para descansar por toda la eternidad.

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cælo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis : Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos : Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente ; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACION.

DE LA INCERTIDUMBRE DE LA HORA DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cierto que hemos de morir. Pero ¿cuándo moriremos? ¿será presto? ¿será tarde? Nada sabemos. Lo que hay de cierto en la materia es que hoy puede ser el último día de mi vida; que siempre se muere mas presto de lo que se piensa; que el Hijo del hombre vendrá ciertamente en la hora en que menos se le espera. Por mas prevenido que vivas, siempre te cogerá la muerte de sorpresa: ¿qué será si vives sin la menor prevencion?

Pocas muertes hay que no sean imprevistas; ninguna que no sea repentina respecto del que muere. Parece que todas las cosas conspiran á engañar á un moribundo, y él mismo se pone de acuerdo con los mismos que le engañan. ¿Qué hombre has visto morir nunca que no se prometiese vivir por lo menos hasta el día siguiente?

¡Rara manía! Sábese que la muerte es cierta, mas nunca se contempla sino hasta el fin de una dilatada carrera; mirase allá á larga distancia despues de una edad muy avanzada; y cuando llega esta avanzada edad, no se cree lo sea tanto que quite la esperanza de vivir todavía otro año por lo menos. Por robusta que sea nuestra salud, no hay mas que un solo paso desde la vida á la muerte. ¿Dónde se hallará un hombre cuerdo que se atreva á asegurarnos un año solo de vida con peligro de la suya? Y no obstante, ¡yo tengo valor para dilatar mi conversion hasta el fin de este año!

Ignora el hombre el fin de sus dias, dice el Sabio; y como el pez que juguetea en las aguas, y el ave que

reyolotea en el aire, caen de repente, el uno en la red ó en el anzuelo, y la otra en el lazo; así los hombres caen miserablemente en el de la muerte cuando pensaban disfrutar el momento mas gustoso de su vida (1).

Entre todos aquellos que murieron en este año, cuya muerte ha llegado á nuestra noticia, ¿habría quizá ni uno solo que pensase morir dentro de él? Y de todos los que morirán en este mismo año, ¿se hallará por ventura ni uno solo que no espere vivir mas?

¿Quién me podrá asegurar hoy que tambien he de vivir mañana? Esto es decir que puedo morir. Y este día decisivo de mi suerte. ¿será para mí principio de una dichosa eternidad, en el caso de que sea hoy el último día de mi vida? Estreméceme esta sola proposicion; sobresalta mi conciencia este solo pensamiento. ¡Ah, qué sería de mí, si dentro de dos horas hubiese de comparecer ante el tribunal de Dios, si hubiese de dar cuenta al soberano Juez del tiempo que he perdido, y de las gracias de que he abusado! ¿qué sería de mí si, cargado de pecados, y sin haber comenzado á hacer penitencia, me fuese preciso marchar á oír y á sufrir la última sentencia! Puede llegar el caso; ¿quién me asegurará de que no llegue?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué locura sería la de un caminante, que en la vispera de su viaje, en lugar de hacer provisiones para él, solo pensase en comprar casas, en adquirir rentas, en hacerse nuevos amigos, que dentro de pocas horas habia de dejar para no volverlos á ver jamás. ¿Seremos nosotros mas cuerdos en portarnos como si nunca hubiéramos de morir? ¿qué

(1) Eccl. 9.

otra cosa hacemos cuando vivimos sin pensar en la muerte?

Si supiera que habia de morir mañana, me dispondria hoy. Mas, ¡ah! que acaso puede ser esto mas pronto; puedo morir esta tarde, puedo morir en este mismo momento. Si sucediese esto, ¿me hallaria prevenido? ¿Y lo estaré mas si muero cuando no lo pienso?

Un hombre que está sentenciado á muerte por decreto irrevocable, ¿puede, sin haber perdido el seso, entregarse á la alegría, y no pensar mas que en vivir? *Statutum est hominibus semel mori.* Pronunciada está la sentencia contra todos los hombres de que han de morir una sola vez. Dios es el que nos ha condenado á todos á la muerte, y de esta muerte depende nuestra suerte eterna. No se muere mas que una vez; y con todo, ¡apenas se piensa en esto! pues qué, ¿es cosa tan fácil morir bien? ¿es cosa indiferente morir mal?

¡Oh, qué terrible cosa es morir sin estar prevenido para la muerte! ¿Y cuánto tiempo nos parece que habremos menester para prevenirnos? ¿bastarianos un mes para ponernos en estado de comparecer en la presencia del soberano Juez? ¿podráse desenredar, podráse ajustar en pocas semanas los negocios de una conciencia, de una vida de treinta ó cuarenta años, de un caos de pecados y de iniquidad? Pero al fin, ¿cuánto tiempo pretendemos dedicar á esto? ¿Y estamos seguros de un solo día?

¡Qué, es cierto, Dios mio, que aun los mismos que mas pensaron en la muerte, serán sorprendidos! ¿pues qué será de aquellos que ni piensan, ni quieren pensar en ella?

¡Cosa extraña! solo en orden al negocio de la salvacion no se piensa en la incertidumbre de la hora de la muerte: en todos los demás negocios que tocan á intereses temporales, ni uno solo hay que no cuente

con ella. Escrituras y obligaciones de comercio, contratos matrimoniales, convenciones particulares, instrumentos públicos, papeles secretos, todo está lleno de precauciones contra esta fatal incertidumbre. No se sabe, dicen todos, lo que puede suceder; somos mortales; es prudencia prevenir los acasos, los accidentes de la vida. Y por la salvacion, por los negocios de la conciencia, por asegurarnos una dichosa eternidad, ¿qué precauciones se toman?

Señor, y despues de todas estas reflexiones, ¿será posible que incurra yo en la misma falta? No, no, dulce Jesus mio, ya no quiero arriesgar mas mi salvacion. De hoy en adelante consideraré cada dia como si fuese el último de mi vida; y con la asistencia de vuestra divina gracia voy á vivir como si hubiera de morir en aquel dia.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.

Haced, Señor, que tenga continuamente en la memoria la brevedad de la vida, y la incertidumbre de la hora de la muerte.

Ne revoces me in dimidio dierum meorum. Salm. 101.

Dios mio, no me cortes los pasos en medio de la carrera.

PROPOSITOS.

1. Supuesto que cada dia puede ser el último de mi vida, ¿no será insigne locura pasar un solo dia sin traer á la memoria el pensamiento de la muerte? pero tú ¿has pensado mucho en ella? Cada dia se puede sentenciar el pleito de que depende tu felicidad ó tu infelicidad eterna: piensa todas las mañanas si está todo prevenido, si tienes nuevos documentos que presentar, si te resta aun algo mas que hacer. Púedese decir que está como extendida por todas partes la